

BOCETO BIOGRAFICO DE JOSE JOAQUIN GUERRA

Era larga su estatura. La brevedad de las carnes denunciaba que su salud se resentía progresivamente, pese al esfuerzo que el espíritu realizaba para comunicar diligencia y garbo a sus movimientos. La tez pálida y mate de su rostro era como telón de fondo puesto sobre un tablado donde las variadas y finas escenas de su sensibilidad delicada se desenvolvían con rapidez indescriptible. Encima de la nariz afilada cabalgaban los quevedos áureos, que filtraban la sabiduría de unos ojos pequeños pero penetrantes como dos dardos nimios. El cuello enjuto era zócalo sobre el cual giraba nerviosamente la testa del hidalgo, cargada de nobles preocupaciones y dispuesta para soportar tantos desvelos cuantos menesteres le eran encomendados a su infatigable voluntad. Ligeramente encorvado, mantenía los brazos en flexión contra el pecho, so pretexto de jugar con la leontina del reloj, cual si se entregase a poner un dique a los ímpetus de su corazón magnánimo, que buscaba en el mundo que le rodeaba, el blanco de sus anhelos. El andar veloz, pero concertado, daba fe de la celeridad con que obraba y del orden meticoloso con que regía sus movimientos. La palabra entrecortada y

epigramática se mecía sobre el columpio de una voz grave y pausada. El reposo le fatigaba física y moralmente. Andando de aquí para allá, y de allí para acá, por los corredores y galerías del palacio de la gobernación de Cundinamarca, su silueta de lienzo renacentista daba la impresión de un preceptor de infantes de Castilla del siglo XVI que no se daba treguas hasta ver satisfechos sus altos propósitos. El caballero que heredó de sus antepasados el tesoro de sus virtudes, también se había hecho partícipe de la parsimoniosa riqueza de sus ademanes gallardos.

Esto cuanto al físico de su continente; que tocante a lo moral, cabe decir mucho más del insigne varón que en el mundo que le acataba respondió al nombre immaculado de José Joaquín Guerra. Dotado de inteligencia chispeante, no dejó deslizar un momento de su vida sin ponerla al servicio de las obras propias y de las ajenas. En los escarceos de su mente lúcida colaboró mucho una imaginación móvil, antojadiza y vehemente, pero escudada siempre con la afabilidad de sus modales atrayentes y urbanos. Dueño de vivaz poder humorístico, inmunizado contra la malignidad, marcaba sus dichos y opiniones con el carmín de la gracia esbelta y comunicativa, ora platicase de asuntos graves, ora conversase de las frivolidades domésticas y callejeras. Gozó del dón exótico de hacer reír discretamente, con el privilegio raro de mantenerse serio y aparentemente extraño a las reacciones de alegría que suscitaba en sus contertulios. Dadivoso en extremo, quizás el único pesar que le abrumó fuese el de no poseer

más para repartirlo a manos llenas. Nadie le vio huésped de la miseria, pero si ella le hubiese visitado, habría tenido el valor para acariciarla sin disimulo, porque su franqueza, casi ruda, le habría traicionado a la vuelta de cualquier minúsculo contratiempo. Cumplió con Dios y su Iglesia, hasta el límite máximo de sus tradiciones hogareñas, poniendo robusto abinco en que, bajo su techo, no medrasen otros sentimientos que los alimentados por la castiza enseñanza del evangelio cristiano. De su lado no se alejó el amigo sin el refuerzo de una experiencia edificante; ni el rencoroso sin el alivio de un consejo oportuno; ni el sabio sin una opinión que le confirmase en su sabiduría; ni el ignorante sin un conocimiento que le abriese los ojos para adquirir nociones nuevas y confortantes.

Completo el anterior esbozo con la siguiente autosemblanza espiritual trazada por su mano maestra, al presentar al público el libro documental que tanta agitación causó en los críticos momentos en que el partido político a que perteneció fluctuaba entre la ruina segura y la débil esperanza de resurgir: "La rudeza de nuestro estilo no debe, pues, atribuirse sino a la imposibilidad de suavizarlo, por más que se haga el relato con sencillez, cuando la materia presenta, por sí sola, asperezas que el historiógrafo imparcial tiene que reproducir en todo su realismo. Ningún sentimiento de odio ni de venganza nos mueve contra los hombres cuya vida pública analizamos. Ninguno de adulación a los que parecen favorecidos en la narración

de los sucesos: nada hemos sufrido de los unos, ni nada debemos a los otros, para que nuestra pluma pueda desviarse de la línea recta. Duermen casi todos el sueño eterno, y nos descubrimos con el respeto debido ante sus tumbas. De los que aún viven, ninguno nos ha ofendido o halagado, ni nos honran con su amistad, ni nosotros tenemos por qué guardarles rencor o antipatía. De todos somos hermanos, hijos de una misma patria, coherederos del más precioso de los dones, y al señalar los errores en que como hombres públicos incurrieron, bien sabe Dios que lo hacemos con la circunspección de quien levanta un sudario para descubrir la enfermedad de que padeció, y talvez murió el desconocido instrumento de estudio en una mesa anatómica”.

Sentencias son las que acabo de transcribir que Plutarco no hubiese desdeñado para presidir el desfile de las grandes figuras de la historia antigua que discurren por las páginas de Las Vidas Paralelas.

* * *

Nació don José Joaquín Guerra el 15 de diciembre de 1873, en la ciudad de Bogotá. Hijo del respetable jurisconsulto doctor Ramón Guerra Azuola y de la virtuosa dama doña Carmen Vargas Calvo, tenía el vástago, por una y otra de sus ramas nutricias, muchas cosas que contar acerca de los antepasados ilustres: romances impregnados de suaves esencias sentimentales, aventuras intrépidas, episodios de ínclita caridad para con los desvalidos, lances aza-

rosos, agitaciones políticas, desenlaces funestos. Empero, jamás la buena fe dejó de servir de aguja de marear en todas aquellas circunstancias en que el criterio de los hombres pudiera balancearse entre una y otra interpretación.

En paciente investigación genealógica llevada a cabo por Raimundo Rivas, con motivo del homenaje que la Academia Colombiana de Historia tributó a la memoria del doctor José Joaquín Guerra, aparece remontada su línea materna hasta el portugués don Pero Yáñez, compañero de Jiménez de Quesada y de Suárez Rendón, y, por consiguiente, fundador de las ciudades de Santafé y Tunja. Por la serie paterna no alcanza sino hasta el apreciable asistente seglar del arzobispo don Antonio Caballero y Góngora, señor don Martín Guerra y Villafaña. Sin embargo, la estirpe de los Guerras agotó, en intensidad, las emociones gratas y alegres, y las tristes y dolorosas producidas por las alternativas de la Independencia y de la política que siguió a la formación de la república: Bajo Palacé, Cuchilla del Tambo, Apure, Pantano de Vargas y Puente de Boyacá. Nombres de lugares son éstos que afirman la calidad de los hijos del caballero nacido en Yucatán, que, por cariño a su prelado y señor, resolvió trasladarse a estas cumbres andinas, según la versión del biógrafo Rivas.

Después de surtidas las primeras letras, pasó el niño al Seminario Conciliar de Bogotá, donde cursó las asignaturas básicas de la enseñanza secundaria. Mas como no mostrase vocación para el sacerdocio, no obstante su acendrada religio-

sidad, dispuso su padre que el joven continuase las clases que aún le restaban, en el claustro famoso de fray Cristóbal de Torres, conocido en la crónica educativa de Colombia y de la América con el nombre de Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Alcanzado allí el título de bachiller, ingresó, a la edad de dieciséis años, en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, donde se reveló como estudiante pundonoroso, activo y despierto.

Los ensayos que, desde la época de sus estudios primarios, había hecho con la pluma, le animaron grandemente para trabajar en colaboración con su condiscípulo don Manuel Antonio de Pombo, la colección de constituciones políticas de Colombia, desde la monárquica de 1811, hasta la cristiana, moderna y previsoras de 1886. La prolijidad de Guerra y el tesón de Pombo; la curiosidad de aquél y el buen sentido de éste; la perspicacia del uno y la conducta metódica del otro, fueron factores personales que empujaron a los dos estudiantes de derecho sobre el camino de la compilación, acompañada de cortas minutas históricas en que se describía la trascendental hora política en que cada una de las dichas cartas había sido expedida. El profesor de derecho constitucional, o derecho público, como entonces se decía, el incomparable doctor Carlos Martínez Silva, fomentó en sus dos destacados discípulos el entusiasmo por la colección y las reseñas preparadas por ambos. Fue por eso por lo que, al editarse el libro, sus

noveles autores lo dedicaron al insigne maestro doctor Martínez Silva.

En esta nota de afectuosa adhesión Pombo y Guerra incrustaron el aromático grano de anís de su fervor por lo hispánico, como que, aprovechando que el mundo se preparaba para conmemorar el IV centenario del descubrimiento de la América, ellos fecbaron la dedicatoria al pie de sus firmas: "Bogotá, Octubre 12 de 1892". Tributo de la sangre al recuerdo de la bazaña más grande que conocieron los siglos, la que arrancando de Palos de Moguer, concluía frenética en un islote de las Antillas misteriosas.

Prologó el libro de los estudiantes bogotanos el mismo profesor Martínez Silva, quien, después de narrar cómo se estudiaba en otra época la ciencia constitucional, y de comparar los métodos antiguos con los implantados por él desde su cátedra, y después de elogiar las aptitudes de los dos universitarios menores de veinte años, terminaba con esta recomendación: "El libro de que tratamos es, no sólo de aplicación en las clases, sino también de consulta para abogados y legisladores y para cuantos deseen saber de dónde venimos y para dónde vamos en materia de instituciones políticas. Nada mejor tampoco para conocer la índole de nuestros partidos y las transformaciones que van experimentando por el trascurso del tiempo y el progreso natural de la república."

En febrero de 1895 entregó la Facultad de Derecho al aprovechado Guerra, tras la solemnidad del examen público, el diploma de abogado. Su tesis de grado versó sobre asunto que en-

tonces se discutía mucho, por causa de los antagonismos políticos en cuestiones relacionadas con el culto católico, con la constitución y funcionamiento de la familia, con los privilegios del fuero eclesiástico, con las indemnizaciones debidas por causa de los despojos perpetrados por los gobiernos de secta, y con tantas otras modalidades de la vida pública en que lo religioso repercute sobre lo temporal, y viceversa. Para tan pujante inclinación por las letras históricas, no había mejor tema que el de los concordatos de Colombia ajustados con la Santa Sede.

Durante los primeros ocho años de carrera profesional el joven abogado Guerra desempeñó, con acierto y probidad, cargos de la rama judicial y del ministerio público. En la primera llegó hasta ocupar una silla en el Tribunal Superior de Bogotá, pasando previamente por juzgados del circuito y superiores de distrito. En la Procuraduría General de la Nación tuvo bajo su celo los asuntos adscritos a la sección segunda. En aquel primer período de su vida profesional fue también secretario de la Facultad de Derecho.

Inició la segunda época renunciando la plaza de magistrado del Tribunal Superior de Bogotá, para prestar el concurso de sus luces y de su lealtad al Presidente de la República don José Manuel Marroquín, quien, por fuerza de las circunstancias dolorosas que se atravesaban por causa de la guerra civil desatada, hubo de asumir el mando ejecutivo con real menoscabo de la autoridad legítimamente constituida pero ineptamente desempeñada por un anciano que no

era sino dócil juguete de las componendas de quienes le rodeaban. Me refiero al presidente doctor Manuel A. Sanclemente. En el palacio de San Carlos el doctor Guerra atendió en los primeros días el puesto de oficial segundo de la secretaría de la presidencia. Ascendió luego a la categoría muy delicada, por cierto, en aquellos momentos, de secretario privado del señor Marroquín, quien gozaba con el temperamento incisivo de su colaborador. La ejemplar discreción de Guerra, probada con sus actuaciones, le llevó pronto a la secretaría general de la Presidencia y del Consejo de Ministros, cargo en el cual pudo influir eficazmente para conseguir que se expidiese la resolución de 9 de mayo de 1902, por medio de la cual se creaba la Comisión de Historia y Antigüedades, que al cabo de poco tiempo habría de transformarse en lo que es hoy Academia Colombiana de Historia. Tal acto administrativo lleva la firma del ministro de instrucción pública, doctor José Joaquín Casas; y en la lista de los fundadores de aquel ilustre cuerpo aparece, desde luego, el nombre de quien, desde su infancia, venía consagrado a las reminiscencias de nuestra nacionalidad.

Conservador íntegro por tradición de familia, por asimilación de las ideas de su partido, por versación en la filosofía del Estado, y por las disciplinas de su privilegiada inteligencia, fue recompensada con cargos representativos en el cabildo bogotano, en la Cámara de Representantes y en asambleas de electores de segundo grado. Durante el gobierno del general Rafael Reyes atendió funciones en diferentes despa-

chos, hasta ascender a la secretaría del Ministerio de Gobierno, donde le sorprendió el movimiento popular de marzo de 1909, que derrocó el régimen dictatorial del llamado quinquenio. Por algún tiempo, y bajo el gobierno del doctor Carlos E. Restrepo, sirvió la dirección de la Imprenta Nacional, señalándose allí por la adquisición de elementos tipográficos modernos, que la ensancharon notablemente.

Finalmente, ingresó a la administración departamental de Cundinamarca, donde trabajó por el espacio de casi veinte años, en los puestos de mayor actividad y confianza. No menos de diez gobernadores solicitaron porfiadamente del doctor Guerra para que les aceptase la secretaría seccional de las finanzas cundinamarquesas, negándose rotundamente a ello, en parte, por la modestia que le era típica, y en parte, por no exponerse a las frecuentes crisis gubernamentales que le hubieran privado de los medios de subsistencia familiar. Con la franqueza que lo caracterizaba, exponía esta última consideración sin rodeos.

Como perpetuo oficial mayor de la secretaría de Hacienda, adquirió tan extensa versación en el manejo del erario departamental, que no hubo renglón de su ramo que no lo trajinase con asombrosa pericia: rentas, gastos, auxilios, presupuestos, cuentas, fenecimientos, servicios públicos, empréstitos, construcciones, contratos, monopolios, etc. El acopio de doctrinas que en materia hacendaria había acumulado el doctor Guerra, hizo de él un árbitro inapelable. Cuando las influencias regionales modificaban el plan

financiero preparado por él, el desbarajuste y el desorden fiscal eran el corolario obligado que corroboraba sus pronósticos, formulados con áspera energía en presencia de los interesados en las deplorables alteraciones.

Tanto era el afán que el acucioso funcionario desplegabá, que iba éste hasta comprometer su limitado patrimonio. Cuéntase que no habiendo en el departamento inmueble que pudiese gravarse con hipoteca para garantizar el cumplimiento de una inaplazable obligación, suscribió la escritura correspondiente, asumiendo los riesgos de sacrificar su casa propia. Quizá sea éste el primero y único caso de la historia de los gobiernos colombianos, en que la abnegación de un ciudadano se haya conducido con tan singular desprendimiento.

Hasta aquí la actuación burocrática del doctor Guerra, que, si brillante y digna de aplauso, resulta pálida frente a su actividad ideológica. En este orden de vida su nombre ha pasado a la posteridad con los relieves de una labor acabada.

Como escritor, la obra múltiple del mismo da testimonio de dos cosas esenciales: la pulcritud y gallardía de su estilo literario, y el dón adecuado de investigación y de interpretación lógica. Conoció el idioma en toda la amplitud de su diapason armonioso, prodigándose en giros de elegante sencillez, matizados con dichos graciosos e insinuantes. Su prosa consultaba el gusto del humanista con la misma fuerza que el del lector apenas versado en las letras corrientes. En el ajetreo de los postulados, en el planteamiento de las cuestiones tratadas y en la dis-

tribución de los hechos ilustrativos, hacía gala de una consecuencia definitiva e inexpugnable, sin que se notase esfuerzo alguno por situar la mente en planos de incongruencia o de inestabilidad. El doctor Guerra era implacable en el mecanismo de las deducciones; y si algunas malquerencias sectarias logró atraer sobre sí, ellas se debieron al rigor dialéctico con que reducía a sus impugnadores, a quienes no les otorgaba otro derecho que el llamado por él, con desenfado, recurso de pataleo.

Si el tema se prestaba para el alarde lírico, mojaba su pluma en la tinta irisada que sirvió a los clásicos castellanos para entonar la alabanza panegírica, o para describir los accidentes sublimes de la naturaleza corpórea o metafísica. Sin embargo, no era éste su tono habitual, sino el de la llaneza concisa, impetuosa, decente. Fue avaro en el uso del ditirambo y de la lisonja; espléndido en la censura contra los pecaminosos, fraudulentos y sanguinarios; magistral en la crítica; sentencioso en la enseñanza, procurando que su sabiduría cayese sobre la epidermis como relente reparador y tónico.

Dos obras de positiva trascendencia histórica realizó: La Convención de Ocaña y Viceversas Liberales. Producto de muchos años de observación y análisis, la primera es la auténtica y veraz interpretación de la vida republicana de los países bolivarianos, durante su período inicial. No es el relato escueto de la frustrada asamblea política convocada por el congreso de 1827. Es la más sesuda explicación de los hechos oficiales y de los actos públicos y privados que se traduje-

ron luégo en la revolución, en el atentado setembrino, en la dictadura y en la disolución de la Gran Colombia. Además se ofrece en ese grueso volumen un hondo estudio jurídico del pensamiento que prevaleció en el proyecto boliviano, comparativamente con el que dominaba en el redactado por los adalides del partido santanderista.

Viceversas Liberales, contra lo que dice Raimundo Rivas, es no solamente un famoso ensayo histórico, sino un aprovechamiento experimental de la historia de los partidos colombianos, para demostrar a qué pasmosa distancia de los principios filosóficos se sitúan los conductores de los bandos en su tarea de hacerse sentir en la vida de la nación. La contradicción sistemática, la incoherencia, la violación de los juramentos empeñados. Para acometer este libro precioso se requería no sólo la voluminosa carga de datos y documentos probatorios, sino un arrojo civil casi heroico, amén de la benemérita autoridad moral de José Joaquín Guerra, que no fue amigo ni devoto de caciques, de jefes de arrabal, ni de cabecillas que le hubiesen podido conservar, sin solución de continuidad, en las nóminas del congreso.

Merece citarse como obra seria la biografía de su padre el eminente hombre público doctor Ramón Guerra Azuola, en la que además de narrar los hechos de este ciudadano modelo, describe con la maestría que le era propia, el ambiente político de las dos épocas antagónicas, radicalismo y regeneración, en que le cupo en suerte actuar. Me parece que la Academia

de Historia pagaría la deuda pendiente con su precursor si dispusiera la pronta publicación de la obra inédita del doctor Guerra. "Constante donador" de la biblioteca de aquel ilustre instituto se le llamó en documento oficial, y como a tal le corresponde la prueba de veneración que intento desde estas páginas.

Muchas otras producciones de menor relieve volaron de la pluma galana y certera del doctor Guerra, con las cuales podrían colmarse dos o tres volúmenes importantes.

* * *

Para cerrar este boceto nada más indicado que situar a José Joaquín Guerra dentro del dulce y sereno recinto de su hogar. Casado con la talentosa dama doña Carmen Portocarrero Ferro, de tan pura prosapia como él, se comprometieron los dos esposos a realizar el ideal perfecto de la casa patriarcal y venerable. Y a fe que lo consiguieron: cuatro hijos, tres niñas y un varón, fueron la bendición de aquel santuario donde el cariño no excede a la virtud, ni ésta sacrifica al cariño. Varias veces disfruté de la tierna y afectuosa escena paternal en la decorosa mansión de la familia Guerra, de cuyas cálidas emociones da cuenta cabal el siguiente párrafo de una carta del distinguido ingeniero doctor Leopoldo Guerra Portocarrero: "Con su ejemplo y con sus palabras, nos enseñó a creer y a leer; a amar a Dios, a venerar a la patria, y a apreciar sus valores humanos en la historia y en la literatura. Con él aprendimos las doctrinas de la fe, los hechos de nuestra historia y los fun-

damentos de la lengua castellana, y puso en nuestras manos los textos sagrados de los Padres de la Iglesia y las obras clásicas de los más ilustres escritores. En las fiestas de carácter familiar, realizadas a la manera santafereña, y que no comprenden las generaciones de hoy, en donde los menores oíamos conversar a los mayores, en donde hijos y sobrinos representábamos las comedias y sainetes caseros que mi padre pacientemente ensayaba y dirigía, y en las que, a veces, colaboraba, y en las que la parte musical corría a cargo de parientes e invitados, es quizá donde más se destacaba la vena humorística e ingeniosa del doctor Guerra. Son inolvidables para sus hijos las novenas de aguinaldo, durante las cuales no dejó nunca de armar él mismo, y siempre en forma original, nuestro tradicional pesebre, de encabezar el santo rosario, y de dirigir el importantísimo ramo de la pólvora y los fuegos artificiales”.

Falleció el doctor Guerra el 18 de abril de 1933. La Academia Colombiana de Historia, cuyo presidente era en la fecha de su defunción, le rindió el más solemne homenaje. Compañeros de él como José María Restrepo Sáenz, Luis Augusto Cuervo y Raimundo Rivas, le dedicaron frases plenas de sentimiento y admiración. La mejor sociedad bogotana estuvo presente en el duelo, y las letras colombianas prendieron ante su pórtico los blandones de su intenso pesar.

MIGUEL AGUILERA

